

¿Qué pasa en la Universidad?

Por ANA PALOMO

EN LOS ÚLTIMOS MESES los estudiantes universitarios (y algunos alumnos de E.E.M.M.) han salido a la calle para protestar públicamente por la subida de las tasas en las matrículas y para reclamar, de paso, el aumento del número de becas, la mejora de la calidad de enseñanza, la desmasificación de las aulas, etc. Reconozcamos que estas manifestaciones de protesta organizada son un punto a favor de los universitarios pues nada hay más triste que un veinteañero resignado, a excepción de uno satisfecho. Más que un derecho, la protesta juvenil constituye un deber al igual que es un deber el ejercicio de la capacidad crítica ante cualquier realidad en la que nos sentimos involucrados (*homo sum*, etc.) Lejos de cuestionar las razones de los estudiantes, quisiéramos apuntar dos datos curiosos. El primero de ellos se refiere a los afectados reales de la subida de las tasas: los padres. Es una innegable prueba de responsabilidad que los estudiantes hayan decidido preocuparse por la pertinaz crisis que asola el país y quizá dentro de poco protesten también por el precio de otros productos pero, en todo caso, ¿por qué no han salido los sacrificados padres a la calle con ellos? Quizá sea porque cualquier padre mínimamente *enterao* sabe que ninguno de sus hijos va a quedarse sin matrícula por falta de recursos económicos porque para eso están las becas que cubren tales necesidades. Quizá también su hijo, con este revuelo de las tasas, se lo piense dos veces antes de matricularse de una o dos asignaturas de más y con ese acto de reflexión nos ahorre a todos un gasto injustificado.

El segundo punto es el relativo a la coherencia ideológica que subyace a las movilizaciones. Recordemos, como dato anecdótico, que en la manifestación de nuestra capital (*La Crónica de León*, día xx de Octubre, 1993) se oyeron gritos a favor de los pensionistas (en clara referencia a los jugadores de la bolera de la Avenida de Nocedo), en defensa de los derechos de los animales (aprovechando el paso por delante de una céntrica pajarería) e incluso varios "¡España!, ¡España!" repletos de optimismo futbolístico ante el partido que se jugaría esa misma noche. Pero no seamos catastrofistas y supongamos que detrás de estos exabruptos (allá al fondo) sí hay algún estudiante con razones meditadas para alzar la voz en contra del desastre económico, educativo, social y cultural que es la universidad española.

Circunscribiéndonos al problema educativo, encontramos la tantas veces traída y llevada calidad de enseñanza con la que se alude eufemísticamente (cuidado con aquél que usa los eufemismos puesto que alguna razón tendrá para avergonzarse) a la desidia o a la incapacidad del profesorado de la Universidad. Es bien cierto que

resulta desalentador tropezar con ciertas actitudes del profesorado pero achacarle todas las deficiencias educativas sería demasiado ingenuo. Entre otras cosas, el profesorado universitario no puede ni debe desempeñar el papel docente determinante del de E.E.M.M. o de los maestros en lo relativo a la motivación o a la atención al estudiante. ¿O es que hay que seguir motivando a un adulto que ha elegido voluntariamente una carrera? Por supuesto que sería exigible al profesorado un dominio de la materia académica que imparte pero no col el objetivo de dictar unos impecables apuntes sino para resolver las dudas que los alumnos encuentren en el estudio. Cuando éstos se quejan de la masificación de las aulas ¿Se han planteado previamente la necesidad de la asistencia cuyo único sentido es copiar (mal) apuntes cuando todos los contenidos pueden encontrarse en los manuales o en la bibliografía pertinente? Parece claro que para proporcionar esta bibliografía o resolver las dudas sería precisa una redistribución de horarios con la que mejoraría considerablemente la *ratio* alumno/profesor.

Otro asunto espinoso muy relacionado con el anterior es la dificultad de acceso a la bibliografía: por una parte los libros son caros (¿Por qué no una manifestación contra sus precios?) y por otra las bibliotecas son pequeñas o están mal dotadas, los estantes de los departamentos cerrados con llave (que justifican la labor del becario-portero) por miedo (??) a la sustracción de ejemplares, la distribución de los títulos entre departamentos y la clasificación de éstos (si consiguen salir en un plazo razonable del depósito) resultan decididamente delirantes. A todo ello habría que añadir los poco realistas planes de estudio (con su exceso de clases teóricas en carreras en las que las prácticas son esenciales); los criterios de evaluación que premian la capacidad memorística en detrimento de otras más creativas, etc. Y lo más grave: el pasotismo de unos (no todos, por supuesto) alumnos conformistas que protestan con la boca pequeña para aprovechar la oportunidad que la Universidad les brinda de perder cinco o siete años de su vida estúpida y cómodamente, disfrutando de la protección familiar y de la vidilla social de la cafetería. Chavales, que os están tomando el pelo y no os enteráis.



Escuela, Consultorio médico y Biblioteca